

EL (NO) RETORNO DEL EXILIADO JULIÁN GORKIN: EL PROBLEMA DE LA INSERCIÓN EN LA HISTORIOGRAFÍA DE LOS EMIGRADOS POLÍTICOS ESPAÑOLES

Olga Glondys
Universidad de Barcelona

El presente artículo tiene como objetivo reflexionar sobre la dificultad del retorno a España de Julián Gorkin, pero, asimismo, considerar su particularidad concreta para plantear el problema metodológico de la inserción de los exiliados republicanos en la historiografía¹. Nuestra hipótesis es que su caso constituye, en realidad, un ejemplo de un no retornado, pese a su importancia política en tanto que uno de los decisivos agentes libres del exilio, cuya labor cerca de organismos occidentales (Movimiento Europeo y Congreso por la Libertad de la Cultura [CLC]) resultó trascendental para la forja del espíritu de diálogo que posibilitaría llevar a cabo la transición democrática. Su caso vendría a sugerirnos que la situación historiográfica del exilio aún no se encuentra plenamente normalizada; carencia que podría llegar a ser progresivamente solucionada gracias al uso de nuevos archivos, marcos metodológicos y enfoques interpretativos.

El exilio republicano puede insertarse perfectamente en perspectivas metodológicas e historiográficas diferentes a las que tienen exclusivamente por centro de interés su relación con los procesos históricos o culturales del interior. Como objeto de estudio, depara numerosas posibilidades de contextualizaciones, de manera que es tan válido considerarlo en el marco

de otras historiografías nacionales como encuadrarlo en coordenadas transnacionales (vinculadas a la guerra fría, al mundo transatlántico, a la lucha contra el nazismo, etc.). En este sentido, es significativo que, pese a que el exilio español fuera potencialmente uno de los más capaces de apertura cultural que puedan posiblemente existir (a la comunidad panhispánica), la historiografía apenas haya abordado el fenómeno de la transculturalidad o hibridez en relación al mismo, lo que sin duda ha contribuido a la creación de ciertas rigideces y al cierre de su campo cultural a nuevos horizontes interpretativos.

A este respecto, debemos tener presente, no obstante, que el principal problema del enfoque globalizado es que no garantiza, de por sí, la integración en su planteamiento de la conflictividad política, histórica e identitaria vinculada al exilio y a los frutos de la civilización nacidos en su seno. No en vano, aplicadas al exilio de forma descontextualizada, las metodologías transculturales podrían amenazar con descarrilar la naturaleza específica del propio objeto de su estudio —una migración política forzosa—, dado que este, privado de la referencia a la situación dictatorial que lo origina, y de la consiguiente noción de pérdida que supone, aparecería de súbito falsamente desdramatizado en un mundo globalizado, desposeído de su propia historia y

de toda asociación con la realidad material². Al mismo tiempo, cabe no olvidar, en nuestro caso concreto, que la preocupación del exilio republicano por lo *español* –o lo peninsular, en el caso de los catalanes, gallegos y vascos–, fue constante y evidenciada, de múltiples maneras, durante décadas y con suma contundencia e insistencia. A este propósito, y más allá del tema en sí del sentimiento de la pertenencia identitaria de los exiliados, interesa subrayar que la mayor parte de su producción cultural o política fue siempre inequívocamente *nacional* y orientada al «problema de España», a pesar de ser llevada a término lejos de la patria.

A la vista de las consideraciones expresadas, no ha de extrañarnos que la perspectiva de la relación con el interior, que examina los frutos políticos o culturales del exilio desde el punto de vista de su trascendencia real en la situación concreta de España, haya sido la más relevante y explotada por los investigadores. Este texto no representa aquí una excepción, puesto que se elucidan en él aspectos de una biografía exiliada en relación con la cronología del interior. Nuestro objeto de estudio sugiere dicho tratamiento, ya que todo lo que hizo en su vida Julián Gorkin fue inspirado por España: no en balde, sus difíciles recuerdos de la Guerra Civil determinaron una particular manera de valorar la actualidad política en la posguerra, a la vez que sus notorios esfuerzos por construir alternativas democráticas para el país, a fin de ayudar eficazmente a varios grupos de oposición... Sin embargo, pese a sus indudables merecimientos, y tal como le ocurrió al colectivo exiliado en su práctica totalidad, también Julián Gorkin acabaría teniendo una muy escasa plasmación pública en las transformaciones democráticas. No es de extrañar, en consecuencia –si reparamos en que la historiografía clásica se limita a recoger las líneas magistrales de la realidad histórica que organiza y describe–, el silencio historiográfico alrededor de su figura.

Los méritos de Julián Gorkin para la transición democrática española

Sin ánimo de repetir aquí el análisis de la trayectoria de Gorkin realizado en otra ocasión³, merece la pena señalar que fue uno de los políticos más solicitados e influyentes de la diáspora republicana. Su apuesta por una reconciliación nacional y un diálogo político de los que debían estar excluidos solo los miembros del régimen y los comunistas conformó el centro de su larga y activa militancia, orientada, en su conjunto, a dotar a la oposición antifranquista de horizontes y soluciones acordes con las dinámicas políticas exponentes del mundo occidental⁴. Cabe recordar que, a finales de los años cincuenta, Gorkin se cuenta entre quienes con más éxito alertan a los directivos del CLC sobre lo que se percibe como una creciente influencia comunista entre las nuevas hornadas de oposición antifranquista en el interior; ascendente que resultará reforzado por el impacto que, entre los jóvenes, pronto tendrá la Revolución Cubana. Para tratar de salir al paso de esta realidad, el organismo permitirá que Gorkin actúe con vistas al establecimiento de una colaboración política entre el interior disidente y los sectores liberales del exilio, que trabaje en favor del apoyo de los organismos europeos y estadounidenses a los opositores españoles y ofrezca bases de acción política común y programas constructivos a grupos disidentes de los vencedores, como los ex falangistas. En esta línea, más allá del estricto plano de la militancia y la negociación políticas, el órgano en lengua española del CLC –la revista cultural *Cuadernos*, de la que Gorkin es director hasta 1963– otorgará un papel destacado a los antifranquistas del interior y tratará de crear una especie de "puente" de debate con el exilio, de acuerdo con su teoría de que tan solo la joven España del interior –la "tercera" España– corresponde a una España "real"⁵. Más tarde, cuando Gorkin funde ya, en París, el Centro de Documentación y Estudios, en colaboración con jóvenes dirigentes de las huelgas estudian-

tiles de 1956 y Dionisio Ridruejo, plataformas periodísticas como el *Boletín del Centro de Documentación y Estudios* y luego la revista *Mañana. Tribuna democrática española*, se constituirán, por su pluralidad e independencia, en importantes puntos de gravitación de diferentes familias de la oposición.

Si el diálogo político con el interior constituía una idea clave del quehacer de Gorkin destinado a la realidad «interna» de la oposición, su apuesta por la idea «España-Europa», es decir, la necesidad de la vinculación del futuro de su patria a las corrientes políticas de la Europa occidental, fue el pilar «exterior» sobre el que sostuvo su labor hacia España durante dos décadas. Su evolución política —expresión del mismo proceso que entre la intelectualidad internacional encontramos en un Koestler o un Silone—, acabará uniéndole a Salvador de Madariaga, a través de una infinidad de acciones y de organismos en los que trabajan juntos desde 1951 hasta 1967. Posteriormente, Gorkin dirá a este respecto: «Él ha sido principalmente el hombre de pensamiento y yo el hombre de aplicación o de acción, él el presidente y yo sobre todo el elemento ejecutivo», y la importancia de su colaboración, basada en una muy cercana visión política e histórica, quedó plasmada en una ova-ción cerrada de los delegados del «contubernio» de Múnich⁶, celebrado con la significativa ausencia de representantes del Gobierno Republicano en el Exilio⁷. En los años que siguieron al encuentro, Gorkin refundaría el Centro de Documentación y Estudios —financiado ya por los sindicatos norteamericanos y alguna fundación tapadera de la CIA⁸— y junto con Enrique Adroher Gironella, del Consejo Federal, trataría de negociar pactos concretos con líderes políticos del exilio (Salvador de Madariaga, Rodolfo Llopis) y del interior (Dionisio Ridruejo, Enrique Tierno Galván, Joaquín Ruiz Giménez, Gil Robles...).

La desvinculación de su programa antifranquista de cualquier lazo con el pasado republicano fue un ejemplo típico de la situación impe-

rante, según Duarte Montserrat, en el exilio y, tal como demostró recientemente Muñoz Soro, también entre las hornadas antifranquistas del interior⁹. La caída del ideal del pasado encuentra en las políticas de Gorkin una materialización y una promoción absolutas, pero siempre, y cabe subrayarlo, en favor de otros credos, en conformidad con una visión del futuro del país claramente perfilada. De esta manera, orientado a crear una unión nacional que mirase solo hacia el mañana y nunca hacia el ayer, y ajeno por completo a todo tipo de radicalismos políticos, el programa ideológico impulsado por Gorkin podría ser considerado, sin duda, como un relevante precursor de aquella retórica de la «superación» del pasado que acabará dominando el programa político-ideológico de la disidencia, desde los socialistas de Felipe González hasta, paradójicamente, los comunistas del Partido Comunista de España [PCE], en los años sesenta y setenta¹⁰. En nuestra opinión, estas tendencias locales de génesis autóctona, de «superación» del pasado o el abandono de los viejos ideales republicanos, se fusionaron en España con la corriente internacional del «fin de las ideologías», que, a lo largo de los años sesenta y setenta, alcanzó un gran desarrollo en todo Occidente, principalmente gracias a la comunidad del CLC, que la eligió como su principal filosofía. De esta manera, el consenso ideológico de la transición, con un acuerdo general acerca de la necesaria modernización del país acoplada a las fuerzas políticas de Europa occidental, surgió tanto de los procesos locales como internacionales y, para la penetración de estos últimos, devino crucial la intensa labor entre las elites españolas, a lo largo de dos décadas, de organismos transnacionales, como el CLC.

Cambio de paradigma

Según se cuenta en uno de los escasísimos libros que abordan la acción encubierta estadounidense en España¹¹, a mitad de los años sesenta, quienes financiaban las iniciativas políticas

de Gorkin se dieron cuenta de que él mismo y su equipo político no podían resultar exitosos, a tenor de su línea demasiado derechista para llevar a cabo una acción realmente eficaz entre la oposición del interior y, especialmente, entre las jóvenes generaciones. Gorkin y sus colaboradores más cercanos, como Dionisio Ridruejo, habían pasado a ser vistos como obsoletos, y a las alturas de 1963, también la CIA estaba perfectamente enterada de que la fuerza en el seno del Partido Socialista se hallaba en el interior y de que Llopis había perdido su influencia y su capacidad de liderazgo. El propio Gorkin era ciertamente muy consciente de que las negociaciones que había coordinado con posterioridad a Múnich no habían reportado los resultados esperados¹², aunque, en su línea habitual, achacó dicha ausencia de eficacia exclusivamente a los sectores del exilio, y, en concreto, directamente a Llopis.

Una interesante carta al secretario general del Partido Socialista Obrero Español [PSOE], del 22 de mayo de 1966, tiene la virtud de resumir su visión particular acerca del problema interior-exilio. Aunque Gorkin declara a Llopis que siempre había proclamado la «gran honestidad y el extraordinario sacrificio que ha representado para vosotros –y en general para el conjunto de la emigración– el mantenimiento de las organizaciones tradicionales», dicho solitario esfuerzo, acompañado de los constantes ataques dispensados al colectivo expatriado, derivó, en su opinión, en la esterilidad de los proyectos políticos del exilio. La rigidez y reticencia a abrirse a nuevos horizontes, así como una acentuada desconfianza, llevarían a los líderes políticos de la diáspora, según Gorkin, a ciertos simplismos, al rechazo de debates constructivos y críticos y, finalmente, a una considerable desconexión de la realidad a la hora de valorar los problemas de la organización y la acción eficaz, sobre todo de cara a los jóvenes. Sobre su propia postura, Gorkin declaraba que había «perdido toda mi confianza en la emigración española» –precisaba que no se trataba «claro

está, de una confianza humana, moral, que en este aspecto ha dado pruebas de perseverancia y de entereza; me refería a confianza política»– y señalaba la poca autocrítica realizada, desde el exilio, sobre los motivos exactos de la guerra civil, y, en cambio, «una especie de conformismo beato», una excesiva celebración republicana «de una manera retórica, como una especie de exaltación religiosa y consoladora» y privada de la reflexión más básica. A juicio de Gorkin, la culpa de los exiliados republicanos persistía en el presente, por su exclusiva responsabilidad en la imposibilidad de lograr soluciones para España: «(...) sin haber aprendido ni olvidado nada, tampoco hemos sido capaces de prever el porvenir ni preparar nuestras fuerzas políticas y sindicales en consecuencia»¹³.

La praxis política de Gorkin, estrechamente vinculada a los medios transnacionales, con acceso a fondos estadounidenses y un programa pragmático orientado a aglutinar «todo lo potable» –así solía expresarlo– de la escena antifranquista, respondía a su profunda convicción de que el futuro destino de España debería necesariamente acoplarse a la dinámica de los procesos occidentales. Bajo esta premisa, en la que el exilio debía desempeñar un papel realmente «progresivo», cabe entender su persistente vocación de despachar con urgencia a «los grandes muertos de la emigración española»¹⁴, así como su insistencia en culpar, en solitario, a la diáspora republicana de todas las dificultades surgidas en las negociaciones políticas con el interior. Tal postura le valió críticas de, entre otros, el liberal socialista Jiménez de Asúa, para el cual la visión de Gorkin era «apasionada, parcial e injusta», además de claramente ofensiva para los méritos aportados a España por los exiliados, durante décadas y con suma dificultad¹⁵.

No obstante, y pese a sus denodados esfuerzos para evolucionar pragmáticamente y escapar del destino que la Historia parecía ir reservando a los líderes políticos del exilio, también Gorkin acabaría corriendo la habitual suerte de un político exiliado y, a mediados de la déca-

da de los sesenta, la paralización política de sus proyectos devino absoluta. De hecho, ya desde comienzos de dicha década, quienes habían apoyado económicamente sus iniciativas, como los sindicatos norteamericanos o el propio CLC, habían iniciado o intensificado su actividad en la Península. Así, la prioridad en sí misma de otorgar ayuda a la oposición del interior y no exclusivamente la no consecución de pactos con líderes del exilio, determinó que le fueran retirados a Gorkin los fondos que hasta entonces habían nutrido el Centro de Documentación y Estudios y la revista *Mañana*, cuya función, por otro lado, venía siendo inteligentemente socavada, por el régimen franquista, a través de la ley de Fraga desde los primeros meses de 1966. Poco tiempo después, en 1967, resultaban confirmadas, en la prensa estadounidense, las sospechas acerca del sostén financiero, logístico e ideológico prestado, por parte del «ala liberal» de la CIA, a numerosos organismos aparentemente independientes, como el Congreso por la Libertad de la Cultura, los sindicatos norteamericanos y la Fundación Fairfield, todos ellos mecenas de las actividades políticas de Julián Gorkin y de sus colaboradores más cercanos. Así, como agravio añadido al corte repentino de los fondos, y con posterioridad al escándalo de 1967, Gorkin, acusado y atacado por los comunistas españoles y latinoamericanos como agente de la CIA, se convirtió en un compañero de viaje ciertamente incómodo para numerosos anti-franquistas del interior, en vías de devenir en los principales agentes políticos del cambio.

El «bienio negro» y los intentos de coger el tren de la Historia

Privado de la financiación por el cambio del protagonismo político, del exilio al interior, y posteriormente lastrado por el escándalo de los fondos de la CIA, los años 1967-1968 fueron bautizados por Gorkin como su «bienio negro», a causa de la dramática caída de ingresos, las vivas campañas de ataques comunistas, sus

recurrentes problemas de salud y la absoluta soledad y abandono por quienes le debían favores¹⁶... La definitiva marginación de Gorkin, en el seno del CLC, se produciría a resultas de la conversión del organismo en la Asociación Internacional por la Libertad de la Cultura, con exclusiva financiación, a partir de ahora, de la Fundación Ford y una nueva directiva en la que un puesto dominante sería ocupado por Pierre Emmanuel, con quien Gorkin había tenido en el pasado serias desavenencias acerca de la política hacia España¹⁷.

El cese en todas sus responsabilidades, después de casi veinte años de intensa colaboración, constituyó para Gorkin un duro golpe. Se encerró en casa y, a falta de otras actividades más estimulantes, se dedicó a escribir libros. La temática de la Guerra Civil, desde la perspectiva propia del dirigente del Partit Obrer d'Unificació Marxista (POUM), se hizo presente en sus libros editados ya en México, en los años cuarenta –tal como *Caníbales políticos. Hitler y Stalin en España* (1941) –, pero a diferencia de aquellas obras, las que publicaría a partir de ahora contarían con la posibilidad de ser leídas en su país de origen. De esta manera, progresivamente, fueron apareciendo *El imperio soviético. Sus orígenes y desarrollo* (1969), editado en Buenos Aires por la editorial Claridad, *El asesinato de Trotsky* (Barcelona, Ayma, 1971), *El proceso de Moscú en Barcelona. El sacrificio de Andrés Nin* (Barcelona, Ayma, 1974) –libro que contó con un prólogo de Willy Brandt–, así como las memorias *El revolucionario profesional* (Barcelona, Ayma, 1975). La situación fue mejorando lentamente a partir de 1969, cuando fue elegido presidente del PEN Club Internacional de los Escritores en el Exilio y desde su cargo intentó conseguir un premio Nobel para Madariaga. Un año más tarde, en 1970, Gorkin obtenía el premio Voltaire –concedido por la revista *Lettres Mensuelles*, dirigida por Guy Vinatrel– por el conjunto de su obra, y especialmente por *El asesinato de Trotsky*, por entonces, recientemente publicada en Francia por el editor Julliard.

En las políticas culturales de la transición Gorkin veía plasmados los ideales que habían marcado su vida en la posguerra: un anticomunismo decidido a modo de ingrediente permanente¹⁸, al mismo tiempo que la «estratégica y peculiar recuperación de la cultura republicana» señalada por Giulia Quaggio¹⁹. Puede decirse, en consecuencia, que asistía al triunfo de su visión historicista. De hecho, un envejecido Gorkin, que sufría de varios problemas circulatorios y de una progresiva ceguera, apareció en algún programa de televisión para prevenir al público del comunismo, recordando las experiencias del POUM durante la Guerra Civil²⁰. Con todo, en el contexto concreto en que se desarrollaba la transición, pese a alguna entrevista aislada y algún artículo donde llegaba a calificársele, sorprendentemente, de «libertario»²¹, su visión de la guerra civil, por muy útil que fuera para algún episodio de la política cultural de la Unión del Centro Democrático, no podía llegar a aglutinar a las jóvenes generaciones. Así lo demuestra el que el propio Gorkin llegase a hablar de «una conspiración del silencio en las revistas españolas en torno a mis dos libros sobre el comunismo», a causa de la manifiesta incomodidad del mensaje que representaban²². Definitivamente, Gorkin fue atrapado por el pasado y, pese a toda su voluntad de progresar, su integración en la política activa de la transición devino imposible.

Sus acciones políticas fueron erráticas y pintorescas en aquellos años. De un lado, seguía apoyándose en el Consejo Federal y el Movimiento Europeo, organizando, como él los llamaba, «pequeños Múnich», con asistencia del exilio e interior, y colaborando estrechamente con Gil Robles —cuyas memorias *No fue posible la paz* ayudó a publicar en Argentina por López Llausás²³— y Areilza (conde de Motrico), además de permanecer en «las mejores y preciosas relaciones» con Rafael Calvo Serer, ex director del diario *Madrid* incautado por Franco, mientras éste se hallaba en el «exilio» parisino²⁴. Eran notorios su absoluto rechazo y falta de fe en la opción de la sucesión juancarlista —«el pobre,

torpe y ya superado Juan Carlos»—, operación que solía calificar de «descabellado montaje»²⁵. Al mismo tiempo, no sin satisfacción y alivio, señalaba la democracia cristiana y el socialismo, «con un contenido constructivo, moderado, dispuestos incluso a garantizar a los inversionistas extranjeros», como «en potencia, las dos grandes formaciones del porvenir», al igual que en el resto de Europa²⁶. A este tenor, participó en el banquete organizado alrededor de la visita de Van Schendel en Madrid, con motivo del décimo aniversario de la Conferencia de Múnich, que presidió Ruiz Giménez, acto del que él y sus correligionarios de exilio salieron «como chicos con zapatos nuevos»²⁷.

Al menos desde 1969, Gorkin contemplaba la posibilidad de ingresar en el PSOE, pues de aquel año es la carta que escribe, para explicar dicha voluntad, a quien había sido su mentor político, Joaquín Maurín. Su intención era tomar una posición activa en una situación que auguraba «difícil, grave incluso», puesto que lo incuestionable ahora era que

[...] la España de mañana necesita un fuerte partido socialista renovado, moderno, de acuerdo con las experiencias de España y del mundo de este último tercio del siglo XX. [...] No pocos de nuestros militantes están desde hace años en el PS, incluso con cargos directivos. Ya comprenderás que no se empieza una nueva carrera política a los 68 años y es lo cierto que no aspiro a cargos ni a cargas; observo, sin embargo, una falta de visión tremenda por parte de los cuadros de dirección en el exilio, no obstante contar con el reconocimiento y la ayuda de las Internacionales; los nuevos cuadros socialistas se están determinando en España misma y es seguro que irrumpirán con fuerza en el socialismo; pero carecen de experiencia, sobre todo respecto del comunismo o los comunismos, y se dejan llevar por ciertos espejismos harto peligrosos. Eso cuando toda la política de Moscú se centra en el Mediterráneo occidental, después de controlar el oriental, y le concede una gran importancia tanto a la Francia del Norte como a Latinoamérica: Raúl Castro acaba de anunciar que hay 5.000 oficiales

cubanos que se han preparado en la URSS. Creo que mi entrada en el PS representará una cierta bandera unitaria entre las fracciones del interior y del exterior e incluso respecto de los partidos europeos. En fin, entreveo la posibilidad de hacer una publicación que sustituya a *Mañana* con ayuda de los Sindicatos [sic] alemanes²⁸.

El apunte de una posible financiación de sus actividades por parte de los sindicatos alemanes hace referencia a sus encuentros y correspondencias, en el segundo lustro de los años sesenta, con Willy Brandt y Max Diamant, ambos amigos suyos desde las iniciativas organizadas, junto con Jay Lovestone, en los años cuarenta en México. Convertidos ahora en prohombres de la Europa comunitaria, Gorkin les proporciona consejos sobre su trabajo en España y, sobre todo, acerca de la necesaria intervención en el Partido Socialista. Durante los años setenta, la posición de Gorkin con respecto de la dirección Llopis-Pascual Tomás es muy crítica y su aprobación del traslado de la dirección del PSOE-UGT al interior es total²⁹. En 1972 ingresa, por fin, en el PSOE, para, como reiteraba en su correspondencia, prestar «últimos servicios» a España y contribuir a que, ante la generalizada infiltración comunista, los socialistas españoles desempeñasen un papel de eficaz oposición en torno al «eje España-Europa y, en el interior, un eje de centro-izquierda que vaya de los liberales a los socialistas, complementarios los dos»³⁰. Sin embargo, por el escaso atractivo que representaba su figura para los jóvenes líderes del socialismo español³¹, nunca llegó a ocupar ningún cargo de responsabilidad y cabe dudar de que su militancia ni siquiera tuviera alguna importancia, excluyendo sus charlas en una Escuela de Verano, en Toulouse y Carmeaux, con una cincuentena de jóvenes socialistas llegados de España³².

Pues bien, es sumamente probable que fuera precisamente a causa de esa marginación que Gorkin decidiera desempolvar la baza del exilio y, ahora en un nuevo contexto, tratar de utilizar su condición de exiliado con el fin de mejorar su decepcionante coyuntura personal. Así, de

aquella época datan varios apuntes de artículos y correspondencias privadas que reivindican el trabajo realizado, durante los largos años de la dictadura, por los agentes libres del exilio y los militantes del PSOE y la UGT, principalmente «en el exterior y desde el exterior». El caso es que, a partir de entonces, Gorkin insistiría repetidamente en que «fuimos nosotros», los exiliados, quienes, gracias a organismos como el CLC o los vinculados al Movimiento Europeo y el Consejo Federal, «Congreso tras Congreso, le cerramos las puertas de la Europa Comunitaria a la España franquista»³³. Esta repentina asociación de su actuación independiente a la causa general del exilio obedecía, indudablemente, a la percepción de su posición política como definitivamente marginada y dolorosamente estéril en la España de los años setenta. En concordancia con ello, escribía cartas a los representantes del exilio en las que les aseguraba su adhesión plena a las instituciones republicanas en el exterior, «que fueron las que el pueblo o los pueblos se dieron soberanamente», y pasó a expresar su identificación total con la diáspora («me siento siempre un honroso componente de dicho exilio»³⁴). Asimismo, pese a ofrecérsele, en 1970, significativas sumas de dinero, rechazó escribir en *El Pueblo* (Madrid), así como en el suplemento dominical del *ABC* y en *La Vanguardia*³⁵, precisamente con el argumento de intentar preservar la limpieza de su *ethos* vinculado al exilio, según sus propias palabras, escritas a Madariaga:

[...] hay un hecho: salvo una minoría de intelectuales y de estudiantes, el pueblo español —y sobre todo las nuevas generaciones— no nos conoce ni tiene razones para conocernos. Es mucha, muchísima su confusión y no tenemos los instrumentos para contribuir a deshacerla. Y aquí estamos convertidos en una rama semimuerta —quizá sobre el semi— del árbol español. Dramática situación la nuestra. Mi único refugio es avanzar en mi «Testimonio» y procurar que se lea en España³⁶.

De la misma manera, manifestaba al abogado Mariano Robles, «yo no ignoro —y nadie lo ignora en el exilio— que la solución del proble-

ma español y los elementos para esa solución se encuentran fundamentalmente en la propia España», pero a la vez, señalaba una visión del exilio ciertamente menos crítica que la que solía exponer en años anteriores:

Es una realidad complementaria que, desgajados del tronco español desde hace más de treinta años, la masa del pueblo no nos conoce o sólo nos conoce a través de una propaganda contraria, interesada y unilateral. ¿Pero somos por eso un saldo fosilizado de la Historia? Sería verdad, y el juicio y la sentencia no dejarían de encerrar a la vez una gran injusticia y una gran torpeza. Te lo dice un hombre que se mantuvo en actitud discrepante con los gobernantes durante el periodo de la República y que, desde hace veintitantos años, se mantiene al margen de todas las formaciones políticas. Injusticia porque esos hombres han vivido —y los principales han muerto— con modestia; con sacrificio y con el pensamiento puesto en la patria perdida; torpeza porque han salvado y mantenido por doquier los restos de las viejas organizaciones, han defendido por doquier la causa de la libertad, han creado lazos y dejado raíces, y, en fin, han contribuido desde el primer año a la creación, por ejemplo, del Movimiento Europeo con el fin de asegurar una presencia española y más tarde la del conjunto español con los mismos derechos y los mismos deberes de los otros componentes.

El deber, tanto para el interior como para el exilio, debía ser, en conclusión, «superar la disociación y comprendernos e integrarnos», y, en el contexto del rechazo que el exilio suscitaba en el interior, Gorkin reivindicaba los méritos de los exiliados en lo que había supuesto el primer, y el más importante, impulso democrático de la oposición:

[...] aun cuando nos desconozcan e incluso nos vituperen no sé por qué prurito, los del interior han ido viniendo hacia nuestra europeización y nuestra universalización, debidas a nuestra enriquecedora dispersión, y nosotros, a nuestra vez, hemos tratado y tratamos de seguir el pulso de España, su evolución, sus nuevas realidades y sus nuevos problemas —y sus aspiraciones profundas—,

porque nunca hemos dejado de sentirnos parte de ella y sus servidores³⁷.

En 1974, Gorkin tramaba aún una operación antimonárquica de salida política tras la muerte de Franco, que ofreciera una alternativa democrática neutralizadora de los radicalismos tanto de izquierda como de derecha: «Nuestra operación, en torno al Consejo Federal y al europeísmo de Bruselas, es una cosa seria y abarca a todas las fuerzas democráticas que estuvieron en Múnich: de los monárquicos liberales a los socialistas»³⁸. Sin embargo, tan solo un año después, Dionisio Ridruejo moría y Gorkin lloraba ante la noticia que salía en *Le Monde*, recordando sus afinidades políticas y viajes, entre otros lugares, a Washington, «donde nos hicieron promesas»³⁹. En 1977, bien que no sin claras críticas a la solución monárquica, Gorkin debió de reconocer, por fin, que la tan tardía muerte de Franco había impedido «la fusión creadora de las generaciones españolas», con lo que había devenido «un hecho» la reducción del exilio «a un saldo dramático de la Historia, y otro hecho que tanto el presente como el porvenir de España» quedaba definitivamente «en manos se ese 80 % de la población que no intervino en la Guerra Civil»⁴⁰. Curiosamente, en su carta a Madariaga, de 26 de enero de 1977, decía sentirse optimista sobre dicho futuro, aunque «asqueado» de la política, y el 30 de marzo de 1977, en una nueva y melancólica misiva, de amor y amistad a Madariaga, manifestaba su pena de que el partido «de las personas decentes» —concepto de Manuel Irujo con el que Gorkin innegablemente se identificaba— se correspondiera con una realidad tan pequeña, tan insignificante en «nuestro pobre y confuso mundo»⁴¹.

El retorno del exilio: reflexiones acerca de la historiografía

Contra su voluntad y pese a los denodados esfuerzos para hacerse valer para el futuro de España, el caso de Julián Gorkin viene a cons-

tuir un ilustrativo ejemplo de lo ocurrido, en general, a los líderes políticos del exilio español. Ciertamente, la suya no es una de las figuras tradicionalmente considerada de las más representativas del exilio de 1939, pero es innegable la plena pertenencia de Gorkin a dicha diáspora. Los nuevos datos acerca de su regreso que aporta el presente estudio han servido para apuntar que su marginación durante la transición más que al hecho del propio *des-tiempo*, se debe a su integración a *des-tiempo* en la cronología de su patria. Se trata de un fenómeno común en la experiencia universal del exilio, de acuerdo con las principales autoridades⁴², y, en su caso particular, derivó en una desubicación ideológica, así como en una incapacidad para interpretar adecuadamente las exactas necesidades del antifranquismo. Así, la marginación de su figura fue motivada por varios factores y, tal como ya hemos señalado, se había iniciado, en realidad, mucho antes del año 1967, en el seno del propio CLC.

En cualquier caso, ausente en la propia praxis política de la transición, Gorkin cayó, pese a su indudable relevancia, en el olvido historiográfico⁴³. En nuestra opinión, la escasa atención dedicada a la figura de Gorkin por la historiografía, lejos de constituir prueba de la poca importancia de su legado, lo es, más bien, de cierta rigidez metodológica que aún determina, y condena, la adecuada inserción de la producción exiliada. En el caso concreto de Gorkin, la historiografía parece haber contribuido a su ausencia mediante la reiterativa aplicación de un único y mismo enfoque, que destaca, en exclusiva, a los protagonistas que alcanzaron repercusión efectiva en las dinámicas del interior mientras permanece ajeno a otras posibles narraciones históricas o culturales.

Al comienzo del artículo, hemos señalado la dificultad de analizar cualquier fenómeno relacionado con el exilio, o su propia valoración, tomando como principal punto de referencia solo el *paradigma del interior*. Creemos que el problema de tal tratamiento consiste en aplicar un

modelo artificial que determina que todo propósito de integración historiográfica de la obra del exilio, o de sus protagonistas, se vea condicionada por «la posibilidad de encontrar unas conexiones que dependen de una concepción, ya establecida y hegemónica, estructurada desde el interior», sobre lo que es y compone la cultura, la política o la historia españolas⁴⁴. Como resultado, si seguimos tan solo este único patrón metodológico e interpretativo, el patrimonio cultural o político del exilio se nos presentará siempre empalmeado y poco relevante para la cronología y las circunstancias concretas de la España del interior. Así, se volverán a confirmar, por medio de un proceso de autoconfirmación de premisas ya implícitamente contenidas en el modelo, el escaso impacto de los exponentes del exilio en las políticas de la transición, la dificultosa o nula recepción de las obras exiliadas durante el franquismo o su progresiva erosión vital o pragmática... En realidad, la consecuencia de tal aproximación es que todo hecho cultural o político que no haya resultado útil o descolante, en su momento, para la praxis de la macropolítica o la cultura del antifranquismo y la transición no merece ser valorado críticamente ni rescatado desde la actualidad. Tachado de «inútil» o «superado» —en los planos cultural, político o histórico— se hallaría, pues, condenado, a no formar parte de nuestra aprehensión del pasado, el presente o el futuro⁴⁵.

De esta manera, la dificultad de integrar a los exiliados en la historia contemporánea de España —es decir, de coadyuvar a su regreso al panorama intelectual del pasado siglo— responde, ante todo, a un problema de metodologías; más en concreto, a no asociar lo exiliado como «español», o relevante, o, tal como señala Balibrea, a no reconocer el *paradigma del exilio*. Merece la pena plantearnos el problema de cómo responder adecuadamente al desafío de la inserción teórica del exilio; esto es, de cómo evitar que los propios enfoques metodológicos de nuestras narraciones acerca de la historia de España vuelvan a perpetuar el silencio del exilio,

pero ahora —cabe subrayarlo— desde la propia historiografía, dada su marginalidad frente a las principales narraciones del antifranquismo y la transición. Por supuesto, para encontrar una solución, no se trataría, en ningún modo, de un intento de sustituir un paradigma artificial por otro, sino, simplemente, de tratar de establecer nuevos y múltiples horizontes metodológicos e interpretativos que tomaran por centro a los propios exiliados y a sus propias, y específicas, dimensiones vitales, espaciales o temporales.

Una oportunidad, en el caso concreto que nos ocupa, podría consistir en vincular nuestra narración acerca de la actividad política o intelectual del exilio con la dimensión transnacional —enfoque muy productivo para el caso de Gorkin—; es decir, en destacar y estudiar la presencia de factores internacionales en la historia del antifranquismo y de la propia transición. Así, la figura de Gorkin podría inspirar el nacimiento de estudios sobre la colaboración entre diversos exiliados europeos en América Latina en una multitud de proyectos culturales y políticos comunes, o bien sobre el Movimiento Europeo y otros movimientos europeístas en el exilio y su aportación a España, sin olvidarnos de la posibilidad de escribir un trabajo que analizara el pensamiento antitotalitario español, originado precisamente desde el exilio —antinazismo, antifascismo, antiestalinismo—, además de llevar a cabo nuevas y necesarias investigaciones sobre las influencias exteriores que llegaban, a través de los exiliados, al interior de España. Nacerían, así, narraciones transnacionales y comparativas que, sin duda, contribuirían a nuevas comprensiones de las temporalidades de la Historia de España. Liberadas de la concepción exclusivamente lineal y progresiva galopante, siempre en sentido preconcebido, hacia alguna meta temporal futura —como la transición democrática—, posibilitarían la inclusión, en nuestro marco interpretativo, de agentes pertenecientes a los fenómenos relevantes del exilio republicano de 1939 y las dinámicas internacionales de la posguerra.

El exilio español, al igual que otros fenómenos exponentes de la realidad represaliada y ausente de la vida nacional durante largas décadas, por la doble circunstancia del franquismo y la guerra fría, es un legítimo sujeto de las políticas de recuperación de la memoria histórica y similares. No obstante, cabe señalar que la búsqueda de la integración de sus expresiones en las narraciones sobre los procesos que labraron la política y la cultura antifranquistas no tiene por qué responder a ningún anhelo político determinado, sustentado en ninguna reivindicación concreta o nostalgia. Simplemente, puede y debe obedecer a la preponderante necesidad de reflejar la verdad histórica en su máxima riqueza, de otorgar el interés que corresponde a corrientes que, aunque en su momento fueron barridas por la macropolítica, o ignoradas por la cultura canónica contemporánea, merecen ocupar su lugar en la historia del antifranquismo y en nuestra recapacitación colectiva de la posguerra.

Lejos, entonces, de pretender acuñar un nuevo y artificial paradigma, se trataría de aportar visiones historiográficas originales y alternativas acerca de la historia de la posguerra que tuvieran como protagonistas a los españoles exiliados. No en vano, la pluralidad de la posguerra española merece ser contemplada con la noción y conciencia de que una gran parte de la cultura y política españolas nació fuera de las fronteras, en el marco de otros contextos políticos, espaciales, culturales y sociales. Estas nociones merecerían ser integradas a la historiografía del *mainstream* y devueltas a la conciencia nacional de España. Así, el estudio del exilio podría contribuir a impulsar la aparición de nuevos enfoques historiográficos acerca de la historia reciente de España, así como a replantear los discursos acerca de nuestro pasado o presente, y, en definitiva, nos depararía una oportunidad intelectual única de apertura crítica y posibilidad de trabajo con nociones de horizontes culturales o históricos, e interpretaciones diferentes de las que ya conocemos.

Notas

- ¹ Nuestra investigación ha podido realizarse gracias al programa postdoctoral Alianza 4 Universidades, mientras estaba vinculada al Departamento de Humanidades (Historia, Geografía y Arte) de la Universidad Carlos III de Madrid. Quisiera agradecer las útiles indicaciones para este artículo que me hicieron Ángel Duarte Montserrat, Pepe Gutiérrez-Álvarez, Abdón Mateos, Antonio Muñoz Sánchez, Pelai Pagès y Giulia Quaggio.
- ² MCCLENNEN, A. Sophia, *The Dialectics of exile: nation, time, language, and space in Hispanic literatures*, West Lafayette, Purdue University Press, 2004, p. 1.
- ³ GLONDYS, Olga, *La guerra fría cultural y el Exilio republicano español*, «Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura», Madrid, CSIC, 2012.
- ⁴ La principal bibliografía dedicada a su actividad política, a saber: GRÀCIA, Jordi, «Estudio introductorio», en RÍDRUEJO, Dionisio, *Escrito en España*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008, pp. XIII-XCIV; *Vida rescatada de Dionisio Ridruejo*, Barcelona, Anagrama (Biblioteca de la memoria, 28), 2008; AMAT, Jordi, «Europeísmo, Congreso por la Libertad de la Cultura y oposición antifranquista (1953-1966)», *Historia y política: ideas, procesos y movimientos sociales*, 21 (2009), pp. 55-72, y mi propio libro, ya citado, siguen *grosso modo* este mismo enfoque, aunque debido al uso de diferentes metodologías, fuentes y procedimientos conceptuales, además de una reflexión epistemológica asentada en otros puntos de interés principal, llegan, en algunos casos, a interpretaciones divergentes.
- ⁵ GLONDYS, Olga, pp. 196-197.
- ⁶ GORKIN, Julián, «Nuestro más auténtico español universal», en VV. AA., *Liber amicorum Salvador de Madariaga recueil d'études et de témoignages édité à l'occasion de son quatre-vingtième anniversaire par H. Brugmans et R. Martínez Nadal*, Brujas, Bruges De Tempel, 1966, pp. 89-95.
- ⁷ «Nos opusimos a que asistieran, no obstante su insistencia, el Prof. Jiménez de Asúa, en funciones de Presidente (interino) de las Cortes y de la República, y el Prof. Sánchez Albornoz, Jefe del Gobierno Republicano en el exilio», señalaba Julián Gorkin en un «Informe Confidencial», sin destinatario expreso, aunque suponemos que dirigido a John Hunt y Michael Josselson, del CLC. Archivo Personal de Julián Gorkin [AJGG] custodiado por el Archivo de la Fundación Pablo Iglesias (Alcalá de Henares); 566-4. Compárese también: ALTED VIGIL, Alicia, *La Voz de los vencidos: el exilio republicano de 1939*, Madrid, Aguilar, 2005, pp. 333-334.
- ⁸ GLONDYS, ob. cit., pp. 258-260.
- ⁹ DUARTE MONTSERRAT, Ángel, *El otoño de un ideal: el republicanismo histórico español y su declive en el exilio de 1939*, Madrid, Alianza Editorial, 2009; MUÑOZ SORO, Javier, «La reconciliación como política: memoria de la violencia y la guerra en el antifranquismo», *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 84 (2009), pp. 113-134 (pp. 127 y ss).
- ¹⁰ MUÑOZ SORO, Javier, *Ibidem*, pp. 113-114.
- ¹¹ CUMMINGS, Richard, *The Pied Piper. Allard K. Lowenstein and the Liberal Dream*, New York, Grove Press, 1985, pp. 155 y ss.
- ¹² JULIÁ, Santos, *Los socialistas en la política española, 1879-1982*, Madrid, Taurus (Pensamiento), 1997, pp. 376-379.
- ¹³ Carta de Julián Gorkin a Rodolfo Llopis. AJGG; 559-59.
- ¹⁴ GORKIN, Julián. «Los grandes muertos de la emigración española», *Cuadernos del CLC*, LX (mayo de 1962), pp. 82-84.
- ¹⁵ Archivo Personal de Luis Jiménez de Asúa, custodiado en el Archivo de la Fundación Pablo Iglesias (Alcalá de Henares); ALJA; 410-24.
- ¹⁶ Lo refleja en su correspondencia, citada en GLONDYS, ob. cit., p. 273.
- ¹⁷ No obstante, cabe subrayar que se trataba de un proceso de marginación iniciado, en realidad, años atrás, con el cese de las responsabilidades de Gorkin en el continente americano —la jefatura de la Secretaría Latinoamericana del CLC—, y también en la dirección de *Cuadernos*, a causa, sobre todo, de su orientación demasiado derechista que imposibilitaba, en la óptica de sus mecenas, un trabajo eficaz entre la *intelligentsia* izquierdista del continente tras la Revolución Cubana. Por otra parte, el lanzamiento de la actividad del CLC hacia las elites del interior, a través del Comité Español, se realizó siempre con la expresa y manifiesta exclusión de Julián Gorkin.
- ¹⁸ «Para entendernos, se reivindicó la figura de Julián Besteiro y sólo muy al final la de Azaña, pero Largo Caballero o Negrín brillaron por su ausencia», MUÑOZ SORO, ob. cit., p. 126.
- ¹⁹ QUAGGIO Giulia, «Política cultural y transición a la democracia: el caso del Ministerio de Cultura UCD (1977-1982)», *Historia del Presente*, 17 (2011), pp. 109-125.
- ²⁰ FERRI RAMÍREZ, Marc, «Julián Gorkin, la vida de un luchador», en GORKIN, Julián, *Contra el estalinismo*, Laertes, Barcelona, 2001, pp. 19-24.
- ²¹ CRUZ, Juan, «Julián Gorkin, un libertario en las filas del Partido Socialista», *El País* (28/01/1979). En otra importante entrevista, realizada por Víctor Claudín en *Tiempo de Historia*, 1980, 6 (62), pp. 34-39, Gorkin mostraba su orgullo por los innumerables años de exilio, así como por las amenazas de que había sido objeto, «mi vida de combates [que] sólo me han aportado persecuciones», al tiempo que aludía a su pobreza.
- ²² Carta de Gorkin a Madariaga, de 29 de diciembre de 1976. Archivo Personal de Salvador de Madariaga [APSM] depositado en el Instituto José Cornide en A Coruña; C139, carpeta 12.
- ²³ En su carta de 10 de mayo de 1967 a Salvador de Madariaga, se evidencia su estrecha relación editorial con Gil Robles. APSM; C139, carpeta 10.
- ²⁴ Carta de Gorkin a Madariaga, de 3 de mayo de 1972. AJGG; 560-25.
- ²⁵ Carta de Gorkin a Josep Tarradellas, de 24 de febrero de 1971. AJGG; 561-25.
- ²⁶ Carta de Gorkin a Madariaga, de 8 de enero de 1971. APSM; C139, carpeta 12.
- ²⁷ Carta de Gorkin a Madariaga, de 30 de junio de 1972. APSM; C139, carpeta 12.
- ²⁸ Carta de Julián Gorkin a Joaquín Maurín, de 12 de marzo de 1969. Archivo Personal de Joaquín Maurín [APJM]; caja

- 6, carpeta «Correspondencia con Gorkin», Archivo de la Hoover Institution. Stanford University (EE.UU.).
- ²⁹ Decía, en su carta de 28 de septiembre de 1971 a Max Diamant: «Conozco todo lo referente a la doble operación en el PSOE y en la UGT en contra de las anteriores Ejecutivas y, muy especialmente, en contra de Llopis. Es evidente que ha pagado éste, entre otros errores, el de haber hecho fracasar la operación que Gironella, tú y yo habíamos preparado en Bonn, Francfort y Estrasburgo. Es, en suma, una víctima de sí mismo. Por mi parte, estoy en las mejores relaciones con los representantes aquí de las nuevas Ejecutivas. Creo que, potencialmente, el socialismo tiene un gran porvenir en España, como lo tiene la democracia cristiana, a condición de saber armonizar la claridad y la firmeza en la elaboración de un programa realista y la flexibilidad táctica en lo inmediato». Agradezco a Antonio Muñoz Sánchez el haberme dejado citar esta carta, proveniente del Archivo de Max Diamant. Sobre la ruptura con Llopis que menciona Gorkin, resultan ilustrativas las cartas intercambiadas, en 1966, por éste con Llopis y Diamant, consultables en su archivo personal, además de la monografía de Antonio Muñoz Sánchez *El amigo alemán. El SPD y el PSOE de la dictadura a la democracia*, Barcelona, RBA Libros, 2012, pról. de Ángel Viñas.
- ³⁰ Carta de Gorkin a Madariaga, de 30 de septiembre de 1974. APSM; C139, carpeta 10.
- ³¹ En su ensayo «El partido socialista bajo la dictadura franquista», incluido en la antología de su autoría *Historia y memoria democrática*, Madrid, Eneida, 2007, pp. 81-88, Abdón Mateos señala la pragmática orientación del PSOE hacia la nueva generación, la exclusión de los protagonistas de la guerra civil y la refundación del partido «realizando las señas de identidad marxistas»; programa político situado, sin duda, en las antípodas de los intereses de Julián Gorkin.
- ³² Decía a Madariaga: «Quieren que les hable de... la evolución del mundo comunista. O del 'comunismo de los tanques', y, en contra, del socialismo con libertad, que es el mío», en su carta de 9 de agosto de 1974. APSM; C139; carpeta 12.
- ³³ Carta de Gorkin a Carmen García, de 20 de noviembre de 1975. AJGG; 559-16.
- ³⁴ Carta de Gorkin a Josep Tarradellas, de 24 de febrero de 1971. AJGG; 561-25.
- ³⁵ Carta de Julián Gorkin a Joaquín Maurín, de 12 de marzo de 1969. APJM; caja 6, carpeta «Correspondencia con Gorkin».
- ³⁶ Carta de Julián Gorkin a Salvador de Madariaga, de 22 de marzo de 1970. APSM; C139, carpeta 10.
- ³⁷ Carta de Julián Gorkin a Mariano Robles, de 28 de septiembre de 1970. AJGG; 560-51.
- ³⁸ Carta de Julián Gorkin a Salvador de Madariaga, de 2 de agosto de 1974. AJGG; 559-62.
- ³⁹ Carta de Julián Gorkin a Madariaga, de 21 de julio de 1975. APSM. C139, carpeta 12. Dos años más tarde participaría en homenaje a su importante colaborador con el texto «Mi encuentro hispano-europeísta con Dionisio Ridruejo», en VV.AA., *Dionisio Ridruejo de la Falange a la oposición*, Madrid, Taurus, 1976, pp. 134-143.
- ⁴⁰ Carta de Julián Gorkin a Sigfrido Blasco-Ibáñez, de 17 de agosto de 1977. AJGG; 558-16.
- ⁴¹ APSM; C139, carpeta 12.
- ⁴² Los desterrados viven fuera del tiempo real, o en un «des-tiempo», como denominó, por primera vez, en 1957, el exiliado polaco Józef Wittlin la situación existencial de los exiliados, utilizando para ello, precisamente, el vocablo español: «In Spanish, there exists for describing an exile the word –destierro ‘a man deprived of his land’. I take the liberty to forge one more definition, –destiempo, ‘a man who has been deprived of the time’. That means, deprived of the time which now passes in his country. The time of his exile is different. Or rather, the exile lives in two different times simultaneously, in the present and in the past. This life in the past is sometimes more intense than his life in the present and tyrannizes his entire psychology», en WITTLIN, Józef, «Sorrow and Grandeur of Exile», *Polish Review*, New York, 2-3 (spring-summer 1957), pp. 99-111. En su clásico *El Sol de los Desterrados*, Claudio Guillén se refería con el mismo término de «des-tiempo» a un «no encajar» en la realidad y la temporalidad de su país de origen, a una expulsión simultánea del pasado, del presente y, sobre todo, del futuro de su patria, pp. 137-147.
- ⁴³ La esencia de lo sucedido puede leerse en un panegírico sobre su figura, escrito tras su muerte, por el joven Jiménez Losantos, donde se dice –no sin razón– lo siguiente: «Hace ya dos semanas que murió Julián Gorkin y parece que no se hubiera muerto nadie. La religión oficial en España no es el catolicismo ni el socialismo, sino el olvido. En esa práctica coinciden la izquierda y la derecha, el centro y los extremos. Lo único que iguala a los hombres importantes de la España de este disparatado siglo es el poco caso que les hacen los suyos. Nadie es de nadie aquí». JIMÉNEZ LOSANTOS, Federico, «Comentarios liberales. La muerte de Gorkin», *ABC*, Madrid (06/09/1987), p. 16.
- ⁴⁴ BALIBREA ENRÍQUEZ, Mari Paz, «El paradigma exilio», *Nuevo Texto Crítico*, Vol. 15-16, número 29-32, (2002-2003), pp. 17-41 (p. 19).
- ⁴⁵ Mari Paz Balibrea ahonda en este tema en otro artículo: «De los Cultural Studies a los Estudios Culturales: el caso del Exilio Republicano», *Journal of Spanish Cultural Studies*, Vol. 11, número 3-4 (2010), pp. 251-262.